

## Anuario Internacional CIDOB 1998 edición 1999

### Claves para interpretar la Política Exterior Española y las Relaciones Internacionales en 1998

Rusia: de crisis en crisis  
Otto Latsis



## Rusia: de crisis en crisis

Otto Latsis,  
Doctor en Ciencias Económicas.  
Analista político *Noviye Izvestia*,  
Moscú

Sin lugar a dudas, el año 1998 pasará a la historia de Rusia, sobre todo, como el año de la crisis del 17 de agosto. Una crisis que confunde los espíritus tanto en Rusia como más allá de sus fronteras. En la breve historia de tan sólo siete años de la nueva Rusia, una crisis es un fenómeno habitual. Precisamente el actual Estado ruso surgió de una crisis, de la aguda crisis de agosto de 1991. El año 1992 y casi todo el año 1993 vieron desarrollarse una crisis política que se resolvió en octubre de 1993, en el curso de la confrontación armada entre los partidarios del presidente y los partidarios del Sóviet Supremo, una mini guerra civil, de hecho. La campaña electoral para las elecciones presidenciales de 1996 constituyó una verdadera crisis, que coincidió en el tiempo con la lucha en favor del cese de hostilidades en la guerra de Chechenia. En comparación con todas estas crisis, la del año 1998 ha sido la que se ha manifestado como más debilidad, casi con tranquilidad. Además, a diferencia de las precedentes, se ha resuelto exclusivamente por medios políticos democráticos, sin oposición violenta de ningún tipo. Por ello es más difícil comprender a primera vista por qué ha tenido una repercusión psicológica tan negativa. Aunque si reflexionamos un poco, se pueden determinar algunas de sus causas. En primer lugar, para la gran mayoría de la población y para la misma élite política, fue una crisis inesperada que maduró en el curso de profundos cambios en el proceso económico, cambios que pasaban desapercibidos en la superficie. En segundo lugar, si bien las crisis anteriores se saldaron, aun con dificultades y víctimas, con un paso hacia adelante, la crisis de 1998 ha supuesto en gran medida un retroceso en el desarrollo del país. En tercer lugar, si bien los sectores sociales más débiles e indefensos habían acusado de modo más sensible el anterior curso de las reformas, mientras el sector socialmente activo se sentía seguro, en esta ocasión han sido precisamente los sectores económicamente más fuertes los que han sufrido las mayores pérdidas. Así, pues, por primera vez en esos años de reformas, todos los sectores de la población vieron peligrar su futuro y sintieron desconfianza hacia el poder. No es casual, pues, que al final se confirmara la impresión general de que ésta era una crisis de confianza, principalmente de confianza hacia el poder, la moneda del país, el sistema bancario, y la propia política de reformas. ¿Qué ha ocurrido pues en 1998?

### Crisis financiera del 17 de agosto y resumen económico del año

Recordemos que la crisis económica arranca de hecho hace casi diez años, es decir, antes del nacimiento del Estado ruso independiente y antes del inicio de las reformas radicales de mercado. Desde principios de los años ochenta se observa una crisis en el comercio exterior (incremento constante de las importaciones sobre las exportaciones y crecimiento de la deuda exterior); una crisis presupuestaria (déficit constante del presupuesto) a partir del año 1986; una caída de las inversiones; a partir de 1989, una caída del PIB y de la producción industrial desde 1990 (la última crisis según los datos de las estadísticas oficiales, si bien los economistas independientes sostienen que la caída del sector real se inicia diez, e incluso, veinte años atrás). Desde 1988 se desencadena la desintegración del mercado de bienes de consumo en el anterior sistema de precios fijados por el Estado; a partir de 1991 se dispara la inflación. Prácticamente desde principios de 1990 empeoran todos los indicadores macroeconómicos.

*“La crisis de 1998 se ha resuelto exclusivamente por medios políticos democráticos, sin oposición violenta de ningún tipo”*

Sobre este fondo destacó la bonanza de los indicadores estadísticos de 1997, cuando por primera vez desde 1989 se advirtió, aunque de forma muy moderada, un crecimiento en el sector real: el PIB se incrementó en un 0,4%, la producción industrial en un 1,9%, la agrícola en un 0,1%. Si consideramos que en ese momento ni el PIB ni la producción industrial superaban el 40% del nivel máximo anterior a la crisis (año 1989), la producción agraria no correspondía a más del 60%, y las inversiones no superaban el 20%, entonces incluso un crecimiento apenas perceptible se convertía en un acontecimiento verdaderamente importante que permitía esperar que las mayores dificultades habían quedado atrás y se acercaba un período de crecimiento económico sobre una base nueva, el mercado. En los cálculos presupuestarios para el año 1998, el Gobierno partía de un pronóstico de crecimiento económico de hasta un 3%, e incluso los especialistas más pesimistas preveían como mal mayor un crecimiento cero. Se esperaba un aumento de los precios de los bienes de consumo entre el 5-8%. No se confiaba en un crecien-

to significativo de los ingresos reales de la población, pero no se esperaba que cayeran. Con todo, analicemos algunos datos que parecen fatales a final de año: una caída del PIB y de la producción industrial en un 5-6%, un crecimiento del índice de los precios de los bienes de consumo en un 75-80%, una caída de los ingresos reales de la población, aproximadamente en un 30% en comparación con el año anterior.

La ruptura de la tendencia básica del desarrollo socioeconómico ocurrida en 1988 parece evidente si examinamos dos indicadores que despiertan, por razones comprensibles, una atención particular en la población: el ritmo de crecimiento de los precios de los bienes de consumo y las variaciones de los ingresos reales. El índice de inflación es también importante no sólo desde el punto de vista de los intereses sociales, sino por causas políticas y económicas generales: todos los gobiernos reformistas de los años 1991-1998 han considerado que la reducción de la inflación es la tarea básica en el camino hacia la reconstrucción del crecimiento económico y han concentrado sus mayores esfuerzos en la lucha contra la inflación, principalmente. La reducción del ritmo de inflación hasta el 17 de agosto de 1998 ha significado el principal exponente del éxito de su política y la pérdida de esta conquista el golpe más duro dado a la política de reformas.

Ritmo de crecimiento de los precios de los bienes de consumo y variaciones de los ingresos monetarios reales de la población

(en % en relación con el año anterior)

Años	Índice de precios de mercancías y servicios	Ingresos monetarios reales
1991	260,4	116
1992	2.608,8	53
1993	939,9	116
1994	315,1	112
1995	231,3	84
1996	121,8	100
1997	111,0	103
1998*	175-180	70

\* previsto

Para explicar este giro de los acontecimientos, conviene empezar recordando cómo se desencadenaron los bruscos cambios en las condiciones de vida económicas de la mayoría de la población rusa, a raíz de la declaración conjunta que hacen el Gobierno y el Banco de Rusia el 17 de agosto de 1998. En primer lugar, las autoridades monetarias se negaron a mantener el cambio de la divisa en el límite de 6,2 rublos por dólar hasta final de año, como era su obligación. Formalmente no modificaron la banda de fluctuación de la cotización, que en 1995 había substituido el cambio flotante existente en aquel momento, pero la anunciada ampliación de los límites de esta banda hasta los 9,5 rublos significaba de hecho su liquidación y una devaluación inminente. En esencia, las autoridades hicieron un juego de palabras, cuyo significado político todos entendieron. En el curso de los dos o tres meses anteriores, los dirigentes del Gobierno y del Banco de Rusia, e incluso, el propio presidente, habían prometido reiteradamente que no aceptarían una devaluación, y por ello se había decidido ni pronunciar siquiera esa desagradable palabra: en realidad no anunciamos una devaluación, simplemente ampliamos la franja. Creyeron que el mercado de divisas se tranquilizaría si el cambio del dólar subía de 6,2 a 7,8 rublos, y mantener el cambio en los nuevos límites no exigiría del Banco de Rusia desprenderse de sus reservas de divisas. Sin embargo, al cabo de pocos días, el cambio llega a un nuevo techo y alcanza los 19 rublos por dólar. Este salto produce en parte movimientos de pánico a consecuencia de los cuales el cambio del rublo se incrementa algo más, pero, tras algunas vacilaciones, en diciembre ya queda consolidado a un nivel de algo más de 20 rublos por dólar. De hecho, la decisión sobre la devaluación no levantó discusiones, todos comprendieron que el cambio del rublo era excesivo y no podía mantenerse en el nivel anterior; básicamente se criticó al Banco de Rusia por no haber efectuado la devaluación mucho antes.

No obstante, las duras controversias dieron lugar a otras dos decisiones contenidas en la declaración del 17 de agosto: una suspensión de pagos parcial (negativa a atender los plazos de los préstamos) y la interrupción de las operaciones de una serie de grandes bancos. Se estableció una moratoria de 90 días para la devolución de los préstamos financieros a los no residentes en la Federación Rusa, para el pago de los contratos en divisas de

vencimiento inmediato y para el pago de los seguros de crédito, garantizados por los valores del Estado. Al mismo tiempo el Banco de Rusia prohibió cualquier tipo de operaciones a los seis principales bancos comerciales considerados *problemáticos*, es decir, que se encontraban bajo amenaza de bancarrota. Esta orden condujo a la parálisis de la mayoría de otros bancos relacionados con los seis anteriores y de miles de empresas que trabajaban con ellos, así como el pánico de millones de inversores particulares que tenían sus ahorros depositados en dichos bancos. A pesar de todo, el Sberbank (Banco de Ahorro), el más importante de los bancos comerciales, el 51% de las acciones del cual pertenece al Banco de Rusia, continuó operando y atendiendo al público. Los titulares de cuentas de los bancos *problemáticos* tuvieron que presentar peticiones para la transferencia de sus cuentas al Sberbank. En las peticiones se establecía que éste efectuaría los pagos de las cuentas de divisas en rublos, según un curso muy desfavorable, lo que de hecho significaba la pérdida de más de la mitad del valor real de los depósitos. Entre la población se extendieron las sospechas, no sin fundamento, de que el Gobierno y el Banco de Rusia habían ayudado a los bancos comerciales a esquivar sus responsabilidades ante los inversores. Los bancos comerciales se habían arriesgado a jugar con valores del Estado de alta rentabilidad, pero, al enfrentarse a la amenaza de bancarrota, tuvieron la oportunidad de descargar la culpa en el Estado. Y por cuanto el Estado así lo había organizado, la población no vaciló en ver en él al principal culpable de la pérdida de sus ahorros. La confianza en el Estado cayó a un nivel mínimo récord.

La consecuencia negativa más importante de la declaración del 17 de agosto fue que la inflación alcanzó unas cotas que no se habían observado desde hacía años, algo que en esa fase de las reformas ya se creía un peligro excluido. Baste decir que, desde los primeros siete meses del año hasta la publicación del índice de precios de bienes de consumo, la inflación había crecido tan sólo un 4,2%, el índice de inflación más bajo de todos los tiempos desde 1990. En julio, el último mes antes de la catástrofe, el índice de precios había crecido únicamente un 0,2%, índice que había sido el habitual en 1997 y 1998. Pero en agosto los precios subieron vertiginosamente un 3,7%, y un 38,4% en septiembre; en lo sucesivo

y hasta finales de año, el ritmo de crecimiento de los bienes de consumo se estableció en un 4-6% mensual: en este sentido el país volvía al año 1995. Hay que destacar que el índice de los precios de la producción industrial creció de 5 a 10 veces más lentamente que el índice de precios de los bienes de consumo. En otras palabras, la ola inflacionista no se debía a ningún tipo de movimiento en el sector productivo. Sin embargo, en el mercado ruso de bienes de consumo, casi la mitad de las mercancías hasta el 17 de agosto provenía de las importaciones. La triple devaluación del rublo supuso automáticamente el crecimiento triple del precio de las mercancías de importación. A la larga, esto significaba una notable mejora de las condiciones del mercado para los productores de bienes de consumo del país, que ahora tendrían la oportunidad de acercarse a la competencia extranjera pero, por encima de todo, significó unas grandes pérdidas para los consumidores del país. Poco a poco también aumentaron los precios de las mercancías nacionales, aunque no de manera tan brusca como las importadas. En consecuencia, durante los

*“El mercado de capitales en Rusia se parece mucho al de los países del sudeste asiático; un mercado en proceso de formación, que apenas se sostiene en pie”*

meses de agosto y septiembre, los ingresos monetarios de la población cayeron aproximadamente en un 26% y, en comparación con septiembre del año anterior, en un 30%. Desde 1992, año en que se inicia la reforma radical, no se había observado una caída tan fuerte de los ingresos reales; pero en aquellas fechas los consumidores habían recibido una compensación inestimable en forma de abastecimiento del mercado, que se había mantenido deficitario toda la década anterior. En agosto de 1998 no existió una compensación semejante, al contrario, durante algunos días el mercado se empobreció a consecuencia de la demanda especulativa de mercancías de larga duración, que la población se lanzó a comprar para salvaguardarse de las consecuencias de la inflación.

La consecuencia económica más importante de las decisiones del 17 de agosto fue la parálisis temporal del sistema bancario a raíz de la suspensión de las operaciones de los bancos más importantes, lo que no podía dejar de influir en los bancos contratantes. Esto no sólo significó la

congelación de los depósitos particulares, sino también el paro de los trámites de pago de las empresas que trabajaban con esos bancos, incluido el pago de los salarios. Como consecuencia, la producción industrial del mes de septiembre cayó más de un 3% en comparación con agosto de 1998 y en un 14,5% en comparación con septiembre del año anterior. El PIB se redujo casi en un 10% en comparación con septiembre del año 1997. A la caída del PIB también contribuyó la mala cosecha debida a una sequía catastrófica: la cosecha de cereales cayó casi el doble en comparación con la última y, en general, la producción agrícola en septiembre fue un 15% inferior a la de septiembre del año anterior. Es decir, el Gobierno comprendía (aunque, tal vez, infravaloró su magnitud) que las decisiones relativas a la devaluación, la suspensión de pagos parcial y la congelación temporal de las operaciones bancarias acarrearían consecuencias negativas. ¿Qué le obligó entonces a tomar decisiones tan drásticas?

#### La enfermedad se llama socialismo de mercado

En la misma declaración del 17 de agosto y en las sucesivas manifestaciones de los representantes del Gobierno, se aludía repetidamente a las repercusiones de la crisis asiática en el mercado de fondos ruso y a la caída de los precios del petróleo en el mercado mundial, cuya venta supone para el país una importantísima fuente de ingresos de divisas, y por lo tanto, de ingresos para el presupuesto federal, como causas de las pérdidas económicas sufridas por Rusia. Es cierto que estos factores han desempeñado un papel, y su significado es importante. Con todo, la mayoría de los analistas coinciden en considerarlos factores secundarios a la vista de las debilidades internas de la propia economía rusa. En concreto, la huida de capital extranjero del mercado ruso, provocada por el pánico en los mercados asiáticos, se ha podido producir simplemente porque el mercado de capitales en Rusia se parece mucho al de los países del sudeste asiático: un mercado en proceso de formación, recién nacido y que apenas se sostiene en pie. En este tipo de mercado no prevalecen las inversiones industriales, que no tienen ni adónde escapar ni motivo para ello, sino las inversiones de *cartera* en valores de alto rendimiento. Inversiones de

este tipo sólo atraen un capital especulativo, cuyo único fin es obtener altos beneficios, para lo cual está dispuesto a aceptar grandes riesgos, aunque a la vez es temeroso. Así, pues, el problema se debe a que el país se hallaba en una etapa incompleta de la economía de mercado y las reformas no habían concluido, consecuencia directa a su vez de los errores de las mismas autoridades rusas, que habían tenido siete años para realizar el cambio a una economía de mercado antes de que se produjera la crisis actual.

En los primeros días tras la sorpresa del 17 de agosto, la discusión política sobre las causas de lo sucedido se concentró en el crac de las *pirámides* GKO (bonos del Tesoro), en el que se veía el empujón inmediato hacia la devaluación y la suspensión de pagos. Sin embargo, un análisis más detallado demostró que esta causa se hallaba simplemente en la superficie de los acontecimientos. Los factores decisivos, en efecto, revisten un carácter más general. Los GKO al igual que las Obligaciones del Préstamo Federal (OFZ) fueron lanzadas al mercado hace unos años como un medio suplementario para financiar el presupuesto federal a cuenta de préstamos a corto plazo, cuyo precio (tarifa porcentual) viene determinado por la coyuntura vigente. Su alta rentabilidad garantizaba su sólida distribución en el mercado, pero, al mismo tiempo, exigía que fueran tratados con cuidado: la suma total de estos préstamos no debía constituir una carga demasiado pesada para atender la deuda. Así ocurrió en un principio, pero a partir del año 1995 se produjo un cambio general en la política presupuestaria: se decidió renunciar a las fuentes inflacionarias de financiación del déficit del presupuesto federal; en otras palabras, el Banco de Rusia dejó de conceder préstamos al Gobierno. El lugar de estos préstamos lo ocuparon, junto con una parte de créditos extranjeros, las emisiones de bonos del Tesoro y del Préstamo Federal. Hasta cierto punto, esta decisión fue un autoengaño, por cuanto esa fuente de financiación también resultó ser inflacionaria. Además, el principal comprador de obligaciones del Tesoro y del Préstamo fue el propio Banco de Rusia, así como el Sberbank, y tras ellos los bancos comerciales de Rusia, y con el tiempo los no residentes. Pero, al igual que antes, se suponía que los volúmenes generales de préstamo serían limitados y se conseguiría reducir su rentabilidad con el tiempo.

Todos estos cálculos, en principio bastante realistas, quedaron hechos añicos por los acontecimientos políticos: la tensa carrera presidencial del año 1996, que estuvo acompañada de un torrente de promesas populistas, así como un rápido crecimiento de la morosidad en el pago de los salarios de los funcionarios y de las pensiones durante 1997, fenómeno que el presidente consideró necesario sofocar, a cualquier precio, sin esperar a liquidar las causas primeras que provocaron esa deuda. Los préstamos gubernamentales en el mercado de valores a corto plazo se ampliaron rápidamente, desarrollándose según las leyes de la pirámide financiera clásica: su rentabilidad era tan grande que se excluía por completo su compensación normal en la esfera de la producción; el pago de las emisiones de GKO y OFZ, cuyo plazo había expirado, sólo podía efectuarse a cuenta de nuevas emisiones más generales. A finales de 1997, la pirámide se desplomó: se convirtió no en una fuente de ingresos, sino de pérdidas para el presupuesto federal, ya que el pago de las emisiones anteriores requería aún más dinero del que se podía obtener con la distribución de las nuevas. Los jugadores de este mercado empezaron a adquirir los nuevos bonos del Estado sólo porque su rentabilidad excedía todos los límites razonables: más del 100% anual. El Gobierno ruso se vio obligado con creciente frecuencia a rehusar la distribución de nuevas emisiones de estos valores, pero para ello debía pagar las antiguas. Este hecho minó la confianza hacia el rublo, y el Banco de Rusia tuvo que apresurarse a gastar las reservas en divisas en un intento de mantener el cambio dentro de los límites anunciados previamente. El crac del 17 de agosto se hacía inevitable.

Se empezó a buscar a los culpables, y también a quiénes se habían enriquecido de manera ilícita gracias a los valores de alta rentabilidad. Se les descubrirá con casi toda seguridad, pero el problema no está en quién abusó de la política de préstamos imprudentes, sino en la propia política. Los créditos internos del Estado crecieron espectacularmente en los últimos años, al igual que buena parte de los créditos exteriores, y los intentos anteriores de tapar el déficit del presupuesto a cuenta de las emisiones reflejaban un hecho fundamental: no se había conseguido equilibrar el presupuesto, los gastos del Estado superaban los ingresos. Todos los intentos de *engañar*



el problema, intentando únicamente esquivarlo sin resolverlo, resultaron infructuosos. Conviene recordar una vez más que la crisis presupuestaria había comenzado antes del nacimiento del nuevo Estado ruso. Por lo menos, a partir de 1986, la URSS, y más tarde Rusia, no han conocido nunca un presupuesto equilibrado sin déficit. El problema se complica por el hecho de que en el momento de la desintegración de la URSS, a finales de 1991, la deuda exterior del Estado alcanza una cifra considerable: cerca de 80.000 millones de dólares. Sólo en 1992 consigue Rusia la reestructuración de esta deuda, con la condición de asumir la responsabilidad de toda la deuda de la antigua URSS, lo cual liberaba a los acreedores de la necesidad de mantener conversaciones bilaterales con cada una de las ex repúblicas soviéticas. En relación con el pago incompleto de los intereses, la deuda de la URSS superaba en 1998 los 100.000 millones de dólares, y junto con las deudas por los préstamos del Gobierno de Rusia, la suma total de las obligaciones alcanzaba los 130-150.000 millones de dólares. Con esto, en octubre

de 1998 expiró el plazo de demora de los pagos concedido en 1992. Teniendo

en cuenta que era necesario pagar los créditos, no sólo se debía conseguir reducir el déficit del presupuesto, sino obtener además un sólido beneficio inicial, es decir, que los ingresos superaran los gastos.

La causa del déficit son los gastos excesivos del Estado, lo cual es característico de los países con una economía dirigida. El sistema

soviético se caracterizaba por un inusitado nivel de redistribución del producto social por parte del Estado, por medio principalmente de unas inusuales deducciones impositivas; a cuenta de éstas, el Estado ejercía una masiva influencia en la economía, ante todo por medio de las inversiones estatales, especialmente en el sector de la defensa. Parecería que la puesta en marcha de las reformas de mercado, precisamente en tan enormes proporciones de producción, debería haber supuesto cambios mayores, y que la parte de los ingresos y gastos públicos en relación con el PIB debería haberse reducido. En cambio, en el año 1995, por ejemplo, el consumo por el Estado del PIB en Rusia superaba un 23% contra casi un 16% en

Estados Unidos. De todos los países de Europa Occidental y de Norteamérica, sólo Suecia y Dinamarca registraron un índice más alto que el ruso, pero en esos países, un PIB significativamente superior al ruso en proporción a la población daba la posibilidad de una utilización particular, notoriamente más alta que la rusa.

La quiebra financiera del 17 de agosto no puede dejar de ser considerada no sólo como un fracaso habitual del Gobierno de turno, sino como un acontecimiento que significa la culminación de una determinada etapa de las reformas del mercado ruso. Y la valoración del resultado de las reformas en este punto intermedio no puede sino ser muy crítica. Una serie de economistas liberales, que hacen una evaluación autocrítica de los logros y los fracasos en su tarea de los últimos años, llegaron a una conclusión paradójica: en lugar de una verdadera economía de mercado se ha construido una forma peculiar de socialismo de mercado: una estructura que siempre estuvo expuesta a las bromas de los reformadores liberales rusos, que la consideraban como una utopía reaccionaria. Precisemos que no nos referimos al socialismo científico, ni al concepto de justicia social. La estructura a que nos referimos existió efectivamente en la Unión Soviética desde la época estalinista, e incluso, siguiendo criterios marxistas (o precisamente según éstos) no se trataba de socialismo. Se trataba más bien de la transformación industrial de una formación de los primeros tiempos del feudalismo que Karl Marx describía con el nombre de despotismo asiático. Pero en la medida en que la actual terminología política rusa suele denominar socialismo al régimen existente en la URSS, y por cuanto, además, la discusión sobre las definiciones inevitablemente nos distrae del tema que nos ocupa, esta exposición mantendrá en lo sucesivo un uso no crítico del término “socialismo” como definición de la estructura que existió con anterioridad a las reformas. El objetivo del socialismo de mercado era la base de la política de Mijaíl Gorbachov durante el período final de su *perestroika*. Los reformadores-liberales que llegaron al poder en la nueva Rusia consideraron normal el fracaso de la *perestroika*: consideraban irrealizable la combinación mercado y socialismo. La ironía de la historia consiste en que, en esencia, ellos sí consiguieron esta combinación, lo cual no tiene nada de positivo por cuanto, de hecho, el mercado está vinculado con lo que existía bajo la denominación

*“En lugar de una verdadera economía de mercado se ha construido una forma peculiar de socialismo de mercado”*

de socialismo: el sistema de distribución burocrático del Estado. En cierta manera el Estado ruso es nuevo, pero el deseo de los funcionarios por conservar en sus manos la distribución de absolutamente todo continúa siendo la misma de antes. El Estado invierte directamente cantidades considerables en la industria y la economía, concede un buen número de subvenciones en el sector industrial, ofrece diversas exenciones impositivas y aduaneras, así como enormes subvenciones sociales (sobre todo en el sector de la vivienda comunal), mantiene unos gastos de defensa desmesurados e irracionales y, para poder cumplir con todo, fija impuestos por encima de su capacidad real ya que de forma sistemática no consigue recaudarlos. Todo esto no sólo conduce al déficit presupuestario, sino a un enorme endeudamiento del Estado en el pago de los sueldos a los funcionarios estatales (maestros, médicos, militares, empleados de los servicios de Justicia, administrativos), de las pensiones y de los pedidos estatales (en especial en materia de defensa) a las empresas. Este endeudamiento creciente se ha convertido en un factor destructivo de la economía, de la política y de la vida social. Este fracaso en concreto de la política de reformas no significa que los contratamientos de la economía rusa se originen en las reformas mismas: éstos proceden de los errores en la ejecución de las reformas, por el hecho de que las reformas no han concluido. No son culpa exclusivamente de los reformadores. Aunque en las acciones de los dirigentes reformistas hubo indudablemente errores, la causa principal de la lentitud de las reformas y de que no se llevaran totalmente a término, está en un constante endurecimiento de la resistencia de la oposición de *izquierdas* que ocupa posiciones dominantes en la Duma de Estado, Cámara baja la Federación Rusa.

### El presidente y el Gobierno

Durante 1998 en Rusia no hubo ni elecciones generales ni enfrentamientos políticos críticos, como los sucesos del año 1993, cuando bajo el estruendo de las balas de los cañones dejó de existir el Sóviet Supremo y se adoptó la nueva Constitución. Sin embargo, el año 1998 se distinguió por una tensión en la lucha política y un dinamismo en los cambios de la escena política sin precedentes. Si los rusos comparan su vida a principios y a finales de año, pueden decir que viven en otro

país. Los dramáticos sucesos empiezan en marzo cuando el presidente Borís Yeltsin anuncia el cese del primer ministro Víktor Chernomyrdin. Esta decisión resuena como un trueno en un cielo despejado, y es de suponer que ni el propio Chernomyrdin esperaba este giro de los acontecimientos. Había dirigido el Gobierno ruso cinco años y tres meses sin interrupción, después de su designación para el cargo en diciembre de 1992 tras la marcha de Yégor Gaidar, quien había ejercido las funciones de primer ministro durante tan sólo seis meses. Aunque nos referimos a las “reformas de Gaidar” con toda justicia, por ser éste su iniciador, de hecho fueron ejecutadas -bien o mal- por Chernomyrdin, principalmente. En todo este tiempo acumuló una experiencia considerable, supo sacar las conclusiones acertadas de sus errores, casi parecía la única figura aceptable tanto para los liberales-reformadores como para los representantes de la oposición de *izquierdas*, y cada vez se erigía más nítidamente como el candidato a la presidencia de los reformadores con posibilidades en el caso que Borís Yeltsin renunciara a presentar su candidatura para las próximas elecciones presidenciales del año 2000 (cuestión que en ese momento aún no estaba definitivamente resuelta).

Es posible que precisamente esta última circunstancia fuera la causa real del cese: Chernomyrdin actuaba cada vez más como el amo del país, como la primera personalidad en la práctica, mientras que Borís Yeltsin, aun habiendo anunciado que no deseaba presentar su candidatura, todavía abrigaba ese deseo en secreto. Por otra parte, no se trata más que de especulaciones. El hecho real es que el cese de Chernomyrdin mezcló todas las cartas de la política rusa, ya que el presidente no fue explícito a ese respecto. Es cierto que en ese momento ya existían motivos fundamentados para reprochar a Chernomyrdin errores estratégicos en la política económica, a consecuencia de los cuales se había desatado una crisis económica irreversible, que se hizo obvia a todos en agosto. Pero en marzo, Yeltsin, por lo visto, aún no lo comprendía, ya que en cualquier caso no lo mencionó. Simplemente se refirió a que había pedido a Chernomyrdin que se concentrara en la preparación de las elecciones presidenciales. Pero de ningún modo se puede tomar esta explicación en serio: aún faltaba mucho tiempo para las elecciones y, además, prepararse para ellas, conservando las riendas del poder como primer ministro, era mucho



mejor que sin esa palanca. Al mismo tiempo no estaba claro para qué elecciones y en calidad de qué debía prepararse Chernomyrdin. A todas luces enojado por lo sucedido, aunque supo disimular muy bien, aprovechó inmediatamente esa incongruencia del presidente, manifestando al cabo de algunos días que se preparaba para presentar su candidatura a las elecciones presidenciales.

Mientras tanto, las decisiones inesperadas del presidente continuaban causando asombro. Propuso a la Duma que confirmara en el cargo de primer ministro a Serguéi Kiriyenko, un hombre de provincias, de 35 años, que había llegado a Moscú tan sólo en 1997 procedente de Nizhni Nóvgorod. Kiriyenko, que no tenía ningún partido político a sus espaldas y no contaba siquiera entre los diez primeros miembros más influyentes del gabinete, en el momento de ser ascendido al rango de segundo hombre del Estado, había ocupado el cargo de ministro de Energía y carburantes durante tan sólo cuatro meses. La Duma recibió con desagrado esta candidatura. Kiriyenko había aparecido en la capital y en el Gobierno como miembro del equipo de

***“La necesidad económica consiguió lo que no había podido conseguir la lucha política: un Ejecutivo estatalista combinado con la más liberal de las políticas financieras”***

su amigo Borís Némtsov, ex gobernador de Nizhni Nóvgorod. Némtsov había sido nombrado viceprimer ministro en la primavera de 1997 junto con Anatoli Chubáís con el propósito de reforzar el Gobierno con los políticos más fuertes del ala liberal. Némtsov y Chubáís, que habían recibido el apodo de “jóvenes reformadores” de políticos y periodistas, eran las figuras más odiadas por la oposición mayoritaria en la Duma, que exigía repetidamente su cese del Gobierno. En vez de esto, el presidente confía el puesto de primer ministro a un hombre de ese equipo, un hombre además sin ningún capital político. Y la Duma rechaza la candidatura. De acuerdo con la Constitución rusa, sólo el presidente puede presentar al candidato para el cargo de primer ministro, y sólo la Duma lo puede confirmar. En caso de que ésta rechace por tres veces la proposición presidencial, entonces el presidente debería disolver la Cámara y convocar elecciones parlamentarias anticipadas. En respuesta a la negativa de la Duma a aceptar a Kiriyenko, B. Yeltsin dio un paso bastante dudoso desde el punto de vista de la lega-

lidad constitucional: propuso el mismo candidato una segunda y una tercera vez. En sentido estricto, la Constitución no lo prohíbe formalmente, por ello no queda claro por qué la oposición llevó inmediatamente al Tribunal Constitucional la pregunta de saber si el presidente tenía potestad para presentar una y otra vez la misma candidatura. Sin embargo, el veredicto del Tribunal Constitucional (confirmando, por cierto, la legalidad de la acción del presidente) no pudo influir en la resolución sobre la cuestión del primer ministro: el turno para tratar el tema sólo llegó en diciembre, cuando el propio Kiriyenko ya había cedido el puesto a otro primer ministro. La oposición no resultó estar preparada para unas elecciones anticipadas y al tercer intento ratificó la candidatura de S. Kiriyenko “para salvar la Duma”. Pero esta imposición forzada se recibió como una declaración de guerra al Parlamento, al tiempo que no dejaba dudas de que el presidente asumía toda la responsabilidad política.

Esto determinó el destino del nuevo Gobierno. El economista profesional que sin duda es Kiriyenko comprendió perfectamente la difícil y peligrosa situación en que se encontraba el país. El presupuesto se rompía por los cuatro costados. Los titulares extranjeros de GKO, que habían adquirido estos bonos por valor de 17.000 millones de dólares, se apresuraron a retirar el dinero de Rusia para salvaguardarse de una posible repetición de lo sucedido en Indonesia. La pirámide de GKO se transformó de sólida fuente de ingresos para el presupuesto en un agujero negro de gastos, que se calculan en cientos de millones de dólares mensuales. La caída del precio del petróleo a nivel mundial condujo a la pérdida, sólo los tres primeros meses del año, de 4.000 millones de dólares, y la balanza de pagos del país dio un saldo negativo por primera vez después de varios años. Para mantener el cambio del rublo, el Banco de Rusia gastó una buena parte de sus recursos, y las reservas de oro cayeron en pocos meses de 25.000 millones de dólares a 13.000 millones. No se podía continuar de ese modo, y un cierto número de especialistas exigía (aunque no de forma pública) que se efectuara una devaluación. Después del 17 de agosto, muchos analistas reconocieron que cuando Kiriyenko llegó al poder ya no era posible prevenir el crac de agosto pero que era imposible saberlo por anticipado, y que al joven ministro no le quedaba más remedio que

intentarlo al menos. Sólo había un camino: un programa económico muy severo y un paquete de leyes que apoyaran su cumplimiento. El programa, indudablemente muy cualificado, sólo tenía un defecto: no contaba con los más mínimos recursos políticos para su ejecución. La Duma lo aceptó a regañadientes y rechazó un paquete de impuestos y otras leyes que proponía el Gobierno. La crisis progresaba. Unos días después de la declaración del 17 de agosto, el presidente cesó al equipo de Kiriyenko. Se podía considerar un error desde el punto de vista táctico: el país se quedaba durante un tiempo indeterminado sin Gobierno en el momento más delicado, lo cual aumentó los conflictos. En cualquier caso, la suspensión parcial de pagos que se había anunciado se habría podido aceptar con más calma si el Gobierno de Kiriyenko hubiera seguido en el poder. Se sospechaba que el presidente había tenido esa reacción tan radical porque su amor propio estaba ofendido: sólo dos días antes del 17 de agosto, Borís Yeltsin había repetido públicamente que no habría devaluación y, en consecuencia, su situación resultaba incómoda. Más adelante se hizo evidente que el destino del Gabinete más joven de la historia de Rusia, lo habían determinado causas más profundas.

Tras el cese de Kiriyenko llovieron una tras otra noticias sorprendentes. En primer lugar, el presidente propuso a la Duma que confirmara en el cargo de primer ministro a Víctor Chernomyrdin, a quien él mismo había cesado tan sólo medio año antes. En cierta manera, se había desacreditado, al echarse atrás, lo que no era propio de Borís Yeltsin. Además, no se dieron explicaciones claras sobre esta resolución, como tampoco se dieron cuando cesó a Chernomyrdin en marzo. Una de las conjeturas más creíbles se basaba en que en agosto, a diferencia de marzo, Yeltsin había tomado por fin la decisión de no presentar su candidatura a la presidencia por un tercer período: había comprendido que esta vez no tenía ninguna posibilidad de victoria. Y en ese caso, básicamente no le quedaba por qué luchar. Pero el Yeltsin que había dejado de pelear ya no era el Yeltsin de siempre, sino otro hombre. Y fue precisamente a otro hombre a quien vieron los ciudadanos de Rusia cuando la Duma rechazó por dos veces consecutivas la candidatura de Chernomyrdin y quedó claro que podía rechazarla una tercera vez, con la consiguiente disolución y convocatoria de elecciones

generales. Entonces Yeltsin, en un sólo día, propuso a tres candidatos absolutamente distintos: el representante del grupo parlamentario del PCFR (Partido Comunista de la Federación Rusa) que lo odia, Yuri Masliúkov; el ministro de Asuntos Exteriores, Yevgueni Primakov, y de nuevo Chernomyrdin. Sólo la negativa de Masliúkov, por temor a hacer recaer en el PCFR la responsabilidad total del destino del país en condiciones muy difíciles, además de la presión del aparato presidencial, salvaron al país del traspaso de todo el poder a manos de la oposición antirreformista, así como del riesgo de fracaso de la candidatura de Chernomyrdin en una tercera votación, con la consiguiente disolución de la Duma. Todo esto nos hace suponer que no se trata de una confusión del presidente ante un agravamiento de la situación, sino de un profundo cambio de posición. Es posible que Borís Yeltsin, en uno u otro grado, se sintiera decepcionado de la unión que mantenía con los demócratas desde la firma de su acuerdo preelectoral con Andréi Sajárov en 1989. Este acuerdo había permitido hacer avanzar la política de reformas, pero hasta ese momento las reformas no habían dado el resultado esperado, a saber, pasar de una caída de la economía a su crecimiento y una mejora de las condiciones de vida de la mayoría de la población. La quiebra de unas expectativas exageradas relacionadas no hace mucho con el año 1998, puede haber sido la última gota que llenó el vaso de la paciencia del presidente.

Sin embargo, esto también no son más que conjeturas por cuanto el presidente tampoco explicó esta vez a qué se debía el cambio de preferencias. Hasta ese momento no había buscado nuevos candidatos a la presidencia del Gobierno fuera de los límites del círculo habitual de políticos de tendencia reformista. En cambio, ahora, había invitado a Primakov, que claramente no pertenecía a ese círculo (y Masliúkov aún menos). Destacada personalidad de los tiempos de la *perestroika*, Yevgueni Primakov, de 69 años, debía llamar la atención de Yeltsin por el hecho de haber sido en su día uno de los *hombres de Gorbachov*, aunque no el más íntimo. A decir verdad, Yeltsin no tenía nada que objetar a los años en los que Primakov ocupó el cargo de director de los servicios secretos del exterior, y más tarde él mismo lo nombró ministro de Asuntos Exteriores. Pero ninguno de los dos cargos le daba derecho a ser incluido en la lucha política interna en cuestiones básicas de

política reformista, y ni siquiera el propio Primakov pretendía entrar en esta lucha. Es evidente que en esta ocasión al presidente no le atraía tanto el compromiso político de Primakov como la ausencia del mismo en un político que no pertenece a ningún partido. Siendo un político muy conocido y de mucha experiencia, a diferencia de otros también experimentados y conocidos, no levantaba una oposición activa. Baste decir que la propuesta para la candidatura de Primakov al cargo de primer ministro surgió de la única fuerza de tendencia democrática de la Duma, Yábloko, y al mismo tiempo obtuvo un apoyo total del NCR (Nuestra Casa es Rusia) de tendencia centrista así como de la oposición de *izquierdas*. Un acuerdo tan general cambió radicalmente la situación política en la cima del poder: por primera vez durante los años de la reforma, surgía un Gobierno que gozaba del apoyo del Parlamento. Este apoyo se vio reforzado durante el proceso de formación del gabinete, cuando en el curso de la elección de los viceprimer ministros y ministros, el primer ministro (también por primera vez) mantuvo consultas

**“En 1998 las derrotas de los liberales reformadores no significaron la victoria de la oposición de izquierdas. Los demócratas de Rusia se vencieron a sí mismos”**

con los grupos parlamentarios de los principales partidos políticos y prometió garantizar a los cuatro más importantes su representación en el Ejecutivo. Sólo recibió la negativa de Yábloko que, no obstante, se comprometió a apoyar a Primakov. En cambio, el comunista Masliúkov ocupó el puesto de viceprimer ministro, responsable de economía. Por otra parte, el cargo clave de ministro de Finanzas se confió a Mijaíl Zadórnov, de las filas de Yábloko, que había ocupado este cargo en los dos gabinetes anteriores (de Chernomyrdin y Kiriyenko).

Lo que sucedió más tarde no puede calificarse sino de paradoja política, ya que llegaron al poder los llamados *estatalistas*, de quienes se esperaba (unos con miedo, otros con alegría) un correctivo radical de la política de reformas o bien una interrupción, si no una completa anulación, de ésta. Se sucedieron conversaciones para examinar los resultados de la privatización, para considerar la nacionalización parcial de las empresas, lo que conduciría a un agravamiento radical e imprevisible de la lucha política del país. Además, Masliúkov y Primakov hablaban cada día acerca

de un reforzamiento de la “regulación estatal”, expresión que siempre se contempló como un eufemismo de la política antirreformista. Por otro lado, el nuevo presidente del Banco de Rusia, Víktor Guerashenko, un banquero de la vieja escuela, cesado en este cargo tras el crac del rublo en octubre de 1994, fue el principal apoyo de esta regulación. La *carta de los académicos* añadió más leña al fuego. Se trata de la carta abierta de un equipo de expertos a la cabeza de los cuales se encontraba el secretario del departamento de Economía de la Academia de Ciencias de Rusia, Serguéi Lvov. El escrito desarrollaba un programa general de antirreformas, que sorprendía por la combinación de agresividad política y extraña incompetencia económica en especialistas de esta categoría. Unas *filtraciones* regulares, provenientes del Gobierno y que solían publicarse en la prensa, confirmaban los temores de que bajo la dirección de Masliúkov se preparaba un programa de nacionalizaciones, fatal para la economía y que en la práctica no conduciría a nada más que al estallido inflacionario y a la quiebra económica. Todo ello levantó unas críticas tan feroces en la prensa que no quedó lugar a dudas: la política de reformas había echado unas raíces tan profundas, que incluso los importantes errores y los fracasos del poder no hacían que la sociedad estuviera dispuesta a rechazarla. Las variantes de turno del proyecto de programa gubernamental se hicieron más sombrías y sinuosas, las posiciones antirreformistas se esfumaron y cada vez resonaban con más frecuencia los juramentos de fidelidad a la economía de mercado.

Finalmente, el Gobierno anunció que no era necesario ningún programa y que sólo bastaba con presentar el presupuesto. Así, pues, a principios de diciembre se envió al Parlamento un proyecto de presupuesto ratificado por el Gobierno, con el que ninguno de los anteriores gabinetes reformistas hubiera podido soñar. Hasta ese momento el Gobierno siempre había intentado reducir los gastos y el déficit del presupuesto, mientras la Duma siempre exigía la ampliación de los gastos y ratificaba un presupuesto con un déficit no inferior al 4-5% del PIB. Ese tipo de presupuesto siempre estuvo destinado al fracaso, al incumplimiento de los pagos de las obligaciones del Estado, lo que conducía a un aumento de la deuda en el pago de los salarios a los funcionarios del Estado. El Gobierno de Primakov presentó un proyecto con

un beneficio inicial (que no tenía en cuenta los pagos de la deuda del Estado), es decir, con unos ingresos por encima de los gastos hasta un 1,7% del PIB. Es cierto que en aquel momento aún no habían terminado las conversaciones con el FMI ni con los clubes de acreedores de París y Londres acerca del aplazamiento y escalonamiento de los enormes pagos de las deudas de la URSS y Rusia, previstos para 1999. En caso de una negativa a aceptar el aplazamiento o de una demora insuficiente, el déficit definitivo podría ser igualmente enorme y amenazar con una catastrófica carrera inflacionista. Pero el hecho mismo de la existencia de un beneficio inicial significaba que el Gobierno presentaba un proyecto de presupuesto extremo por su dureza. Si a los anteriores gobiernos reformistas el Parlamento les hubiera permitido la mitad de lo que estaba dispuesto a permitir a un Gobierno que consideraba casi *suyo*, entonces la crisis presupuestaria hubiera quedado atrás mucho antes. De esta manera la necesidad económica consiguió lo que no había podido conseguir la lucha política: un Ejecutivo *estatalista* combinado con la más liberal de las políticas financieras.

### Viejos y nuevos partidos y alternativas de futuro

En 1998 las derrotas de los liberales reformadores no significaron la victoria de la oposición de *izquierdas*. Los demócratas de Rusia *se vencieron a sí mismos*, después de haber cometido no pocos errores. La singular complejidad de las reformas democráticas y de la economía jugó un papel destacado en un país con una larga experiencia de totalitarismo y economía sin mercado, con una propiedad privada y dirección profundamente estatalizados y sin precedentes. Pero el Partido Comunista de la Federación Rusa y sus aliados intentaron explicar lo sucedido precisamente como si fuera victoria suya y, al parecer, ellos mismos se lo creyeron, al descubrir una brusca reducción de la actividad política del presidente y una inusual complacencia del primer ministro durante la formación del Gabinete. Como consecuencia de ello, dejaron a un lado la cautela y comenzaron a cometer errores imperdonables.

El suceso más escandaloso del año vino de las manifestaciones antisemitas públicas del diputado comunista, Albert Makáshov, y el rechazo manifiesto de la Cámara a condenar estas declaraciones.

Makáshov, que ostenta el rango de general-coronel (general de tres estrellas) del Ejército a pesar de no haber participado en ninguna guerra, *se vanaglorió* primero de que a finales de los ochenta, siendo gobernador militar de la capital armenia, Yereván, había arrestado a militantes por la independencia de Nagorno-Karabaj, miembros del Comité Karabaj, entre los cuales se hallaba el futuro presidente de Armenia, Levón Ter-Petrosián. En 1990, siendo delegado en el último congreso del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética), había lanzado unos brutales ataques contra Mijaíl Gorbachov por su política de *perestroika*. Durante los sangrientos sucesos de octubre de 1993, dirigió a un grupo armado en un intento de asalto al centro de televisión de Ostánkino, en Moscú, un ataque provocador que se saldó con diez víctimas; pero más adelante, por decisión de la Duma, fue amnistiado junto con otros participantes en estos acontecimientos. En octubre de 1998, Makáshov, miembro del grupo parlamentario comunista en la Duma, supuso graves desvelos para los dirigentes del PCFR. Durante su participación en un mitin se permitió proferir amenazas ofensivas contra los judíos, recurriendo a expresiones insultantes, sancionadas en el Código Penal de Rusia por fomentar la discordia entre nacionalidades. En respuesta a las críticas de la prensa, al cabo de unos meses, en un mitin de sus partidarios en una ciudad de provincias, repitió las mismas palabras. El país fue testigo de todo a través de las pantallas de sus televisores. Cuando la opinión pública democrática, incluido algunos parlamentarios, exigió al menos un juicio oral a Makáshov, sus compañeros de la oposición de *izquierdas*, gracias a su superioridad numérica en la Duma, empezaron por negarse categóricamente a apoyar la resolución de condena propuesta por algunos diputados. Sólo, luego, ante la amenaza de un escándalo internacional, votaron a favor de una resolución que recogía una crítica suavizada contra los que fomentaban la discordia entre nacionalidades, pero sin mencionar el nombre de Makáshov ni los hechos concretos. En el contexto de las manifestaciones belicosas de los líderes y propagandistas del PCFR de esos días, sus partidarios tenían toda la razón en suponer (y no estaban lejos de la verdad) que la mayoría de *izquierdas* de la Duma criticaba más a los judíos y a los demócratas indignados por las palabras de Makáshov, que a los antisemitas.

El propio PCFR demostraba una vez más aque-

llo sobre lo que hacía ya tiempo no tenían dudas los partidarios de la democracia en Rusia: que ese partido ya no tenía nada en común con las ideas revolucionarias clásicas del comunismo, que por muy extremistas que fueran eran en cualquier caso democráticas e internacionalistas. Aparecieron como ridículas las ilusiones de los que aseguraban que el partido de Guennadi Ziugánov se apartaba del comunismo hacia la socialdemocracia. Los hechos pusieron aún más en evidencia su tendencia hacia el nacional-socialismo, y a tal velocidad además, que incluso demostraron, al menos aparentemente, la poca habilidad táctica de los comunistas para salvaguardar su existencia no condenando los discursos *neandentháticos* del general en la reserva.

La primera consecuencia visible de este escándalo fue la declaración pública del alcalde de Moscú, Yuri Luzhkov, que condenó abiertamente a Makáshov. Esta declaración significó la ruptura de una alianza política que parecía posible y cuyo nacimiento la opinión pública democrática observaba con gran ansiedad. Poco antes Yuri Luzhkov había anunciado serios planes de formación de un movimiento político de centro-izquierda, en cuya composición él mismo podría participar en unión con el PCFR. Para el partido comunista, que se había quedado sin la posibilidad de alcanzar el poder en la nueva Rusia después de la derrota de Ziugánov en las elecciones presidenciales de 1996, la unión con el influyente y popular Luzhkov hubiera representado un nuevo impulso. Hasta ese momento le había perjudicado gravemente la ausencia de un líder carismático y la falta de mandos intermedios, capaces de dirigir el país, en particular de resolver los problemas económicos. Luzhkov posee lo uno y lo otro, pero hasta hace poco carecía de partido político. Ya desde un principio, cuando Luzhkov empezó a sondear el terreno para una posible alianza con la fracción de Ziugánov, comprendió que esa unión le podía perjudicar más que ayudar. Entonces forzó la creación de un movimiento político propio, Patria (*Otéchestvo*), cuyo congreso fundacional con la aparición de las consiguientes organizaciones regionales constituyó un importante acontecimiento a finales de año. El partido de Luzhkov, en opinión de los observadores, tiene grandes posibilidades de superar la barrera del 5% y conseguir una representación en la Duma en las elecciones parlamentarias previstas para diciembre de 1999. Y el propio Luzhkov, a juzgar por las encuestas de

opinión, se cuenta entre los cinco o incluso tres políticos más populares y con mayores probabilidades de ganar las elecciones presidenciales del año 2000. Sin embargo, todo esto no es más que una valoración de la correlación de fuerzas a finales del año 1998, y en Rusia en un año y medio pueden cambiar mucho las cosas.

En el congreso de Patria se observó la presencia de muchos ex activistas del partido de Chernomyrdin, Nuestra Casa Rusia, confirmando así los rumores sobre una inevitable crisis de este partido que había surgido como *partido del poder*. Precisamente por ello, en su momento, habían entrado a militar en esa formación, partido del primer ministro, mayoritariamente funcionarios del Estado, muchos de los cuales se apresuraron a abandonarlo tan pronto como su líder perdió el cargo. El propio Víktor Chernomyrdin, que nominalmente sigue siendo el líder del NCR, ha perdido claramente su influencia anterior y no parece demasiado seguro ni siquiera junto a un político tan joven, en esencia, novel, como es uno de sus más cercanos compañeros de partido, Vladímir Ryzhkov. No se excluye que el NCR, que en 1995 obtuvo casi el 10% de los votos del electorado y ocupó el tercer lugar tras el PCFR de G. Ziugánov y el LDPR (Partido Liberal Demócrata de Rusia) de V. Zhirinovski, no supere la barrera del 5% en las elecciones de 1999 y se quede sin representación en la Duma. Este resultado amenazaría la supervivencia misma de este partido. Una amenaza parecida se cierne sobre el LDPR, un partido de marginados políticos. Divergencias políticas y la inexperiencia de los electores al comienzo del período de reformas permitieron a la lista de Zhirinovski ocupar el primer lugar en las elecciones parlamentarias de 1993, pero en 1995 descendió al segundo lugar y en 1999 se arriesga a no franquear la barrera del 5% perdiendo así sus escaños en la Duma.

Lamentablemente, con anterioridad y con más rapidez, ya había recorrido este camino el partido de Yégor Gaidar, Elección Democrática de Rusia, que a los ojos de los electores era el responsable de la dureza de las reformas. Ocupó el segundo lugar en las listas de partidos y si consideramos el éxito en las circunscripciones territoriales, fue la primera fracción de la Duma por número de escaños en 1993; pero obtuvo menos del 4% de los votos en las elecciones de 1995, hecho que impidió al principal partido de los reformadores tener representación en la Duma



actual. En este fracaso tuvieron parte de responsabilidad la huida de políticos arribistas del anterior *partido del poder*, que era como se consideraba al partido de Gaidar en los años 1992-93, además de una escisión en el campo de los demócratas. De esta última circunstancia intentaron sacar conclusiones prácticas. En diciembre de 1998 tuvo lugar el congreso constituyente de un nuevo movimiento, Causa Justa, en el que los partidarios de Gaidar se unieron a varios pequeños movimientos que se habían separado de Elección Democrática de Rusia en 1995 y que por lo tanto habían sido derrotados en aquellas elecciones. Se decidió elegir al líder de la nueva formación de acuerdo con los resultados de encuestas a los electores, que debían mostrar cuál de los demócratas destacados era el más popular. No se excluía que el resultado pudiera apuntar hacia Serguéi Kiriienko, cuyo fracaso como primer ministro muchos consideran inmerecido. El partido Yábloko de Grigori Yavlinski, invitado a colaborar con el nuevo movimiento, contestó con la negativa habitual, seguro como está de su capacidad de superar por sus propios medios, como ocurrió en 1993 y 1995, la barrera del 5% y obtener representación propia. Este cálculo se confirma: Yábloko cuenta con un electorado muy constante entre el 7-8% de la población con derecho a voto, que no se ha sentido demasiado perjudicada por los cambios hacia uno u otro lado.

El PCFR cuenta con un electorado igualmente constante. Suelen votar por el PCFR un 20-25% de los electores, a los que deben añadirse los electores de los partidos afines, con lo cual alcanzan un 30-35%. Si consideramos las características de la ley electoral, que atribuye a los partidos fuertes de la Duma los votos de los partidos que no superan la barrera del 5%, el PCFR es capaz, como sucedió en la actual composición de la Duma, de controlar un 40-45% de las actas de diputado, aunque de ninguna manera podría obtener el 50% de los votos ni en las elecciones parlamentarias ni en las presidenciales. Así, pues, si tenemos en cuenta la situación a finales de 1998, la Duma de 1999 no seguirá con la composición actual, pues es posible que dos de sus actuales fracciones -LDPR y NDR- tengan que abandonarla. Y los que muy probablemente permanecerán, el PCFR y Yábloko, se pueden encontrar en la Cámara con Patria de Yuri Luzhkov y algún otro partido. En las elecciones presidenciales del año 2000, que revisten

mucha más importancia que las parlamentarias, Yevgueni Primakov (que anteriormente no tenía partido político propio y se había negado a presentarse como candidato presidencial) y Yuri Luzhkov aparecen como los políticos con mayores posibilidades si las elecciones se celebraran a finales de 1998.

Sin embargo, ni los cálculos políticos ni los índices de popularidad son lo importante. Lo que realmente importa son los resultados del desarrollo económico durante los meses que quedan hasta las elecciones. En 1999 el Gobierno deberá resolver una situación extraordinariamente difícil (aunque no se la pueda calificar de imposible), la estabilización financiera y el paso a la reducción de la deuda estatal. Aunque lo consiga, el país deberá vivir dos o tres años especialmente difíciles y otros diez *sólo* difíciles, antes de que se produzca una normalización de las condiciones sociales. El Gobierno de Primakov, por su lado, se atreve a pronosticar el inicio del crecimiento económico ya a partir de la segunda mitad de 1999. Tanto da si ocurre unos meses antes o después, lo que está claro es que el Gobierno puede contar con la paciencia política de la población, incluso ante una caída significativa del nivel de vida como ha ocurrido en 1998. Esta paciencia sólo se agotaría si se interrumpiera el funcionamiento normal de los servicios a la población del país: si se empezaran a producir cortes de corriente en las viviendas, o se interrumpiera el servicio de calefacción o se suspendiera el abastecimiento de víveres. Algunas regiones apartadas ya han sufrido en 1998 interrupciones del servicio de calefacción (algo, por otra parte, que había ocurrido con anterioridad, incluso en la época soviética, pero entonces la prensa no informaba al respecto). Si se hiciera imposible la normalidad de la vida diaria, podría llegar a dominar la exigencia de orden a cualquier precio, la exigencia de una *mano dura*, independientemente del color político. De momento sólo se trata de una hipótesis sobre cuál puede ser el desenlace más pesimista de los acontecimientos, pero demuestra cuáles son las verdaderas amenazas del desarrollo político en Rusia y cuán complejos son los problemas a los que se enfrenta el país.